ANEXO 1

El Secreto del Árbol de las Palabras Dulces

Había una vez, en un pueblecito lleno de casitas de colores, un colegio donde vivían dos grandes amigos: Leo y Maya.

A Leo le gustaba correr como el viento y a Maya le encantaba construir torres altísimas con bloques de madera. Pero en aquel colegio había una curiosidad:

Cada vez que alguien gritaba o peleaba, el viejo árbol del patio, un gran roble llamado Hojasverdes, se ponía un poquito más gris y dejaba caer sus hojas.

Un martes a la hora del patio, Leo y Maya querían jugar con la misma pelota roja.

—¡Es mía, yo la vi primero! —gritó Leo, tirando de la pelota. —¡No, es mía, la tenía yo! —reclamó Maya, tirando hacia el otro lado.

La pelota salió volando y el árbol Hojasverdes soltó un suspiro triste: ¡Chas!, cayeron tres hojas grises al suelo.

En ese momento, bajó volando entre las ramas Blanquita, una pajarita blanca con las plumas muy suaves. Se posó justo entre Leo y Maya y les dijo con una voz dulce como la miel:

—¿Oís ese ruido? Es el corazón de Hojasverdes. Se pone triste cuando usáis la fuerza. ¿Queréis conocer el secreto de las palabras mágicas?

Leo y Maya, curiosos, dejaron de tirar de la pelota y escucharon con atención.

—La paz no es estar en silencio sin hacer nada —explicó Blanquita guiñando un ojo—. La paz es como un superpoder que todos tenéis dentro. Cuando os enfadéis, solo tenéis que seguir la Regla del semáforo:

ROJO-Parar: Antes de gritar o empujar, da un paso atrás y respira hondo como si soplaras una tarta de cumpleaños.

AMARILLO-Pensar: Pregúntate cómo te sentirías tú si te hicieran lo mismo.

VERDE-Actuar: Usa palabras bonitas y amables, de las que construyen en vez de romper.

Maya miró a Leo, respiró hondo y dijo despacito: —Leo, me he enfadado porque yo también quería jugar a la pelota. ¿Jugamos juntos a meter goles?

Leo sonrió, sintió un calorcito muy agradable en el pecho y respondió: —¡Vale! Tú tiras primero y yo paro el balón.

En ese mismo instante, ocurrió algo mágico. Del árbol Hojasverdes brotó una flor brillante de color dorado y sus hojas volvieron a ser de un verde resplandeciente.

A partir de aquel día, cuando en el colegio alguien tenía un problema, los niños recordaban el secreto de Blanquita.